



DEDICACION.

AL instante en que los hombres tuvieron el pensamiento de elevar templos al rei del cielo, debieron consagrar estas mansiones destinadas á recibir bajo sus bóvedas al que está sentado sobre las nubes. Antes que Dios se dignase bajar á un altar de mármol ú oro, fué preciso que el oro y el mármol fuesen mejor que la materia, y para purificarlos y santificarlos fué invocada la religion desde el principio : ella sola por la consagra-

cion ha sido capaz de agrandar bastante nuestras iglesias para que el Todopoderoso, creador del universo, pudiese hacer su residencia en estas.

Quando ella pone su mano sobre la frente del niño que acaba de nacer y que vierte sobre su cabeza el agua del Bautismo le purifica de la mancha original : cuando el hombre está próximo á dejar la vida, aquella da el aceite de los moribundos, y el alma cristiana que parte va consagrada á las regiones de mas allá de la tumba. Así tambien, cuando la religion toca la piedra de nuestros templos con su santo crisma la hace bastante santa para que la misma santidad pueda sentarse en ella.

Dios, como espíritu eterno é incomprensible, no puede existir sino en sí mismo : él mismo es su lugar, su mundo, su trono y su templo. *Yo vivo en mi Padre y mi Padre vive en mí*, decia Jesucristo. Los hombres habrian, pues, podido contentarse con ese bello templo que el Eterno se habia edificado, el *universo*, que tiene por altar los globos luminosos que brillan en el firmamento y por estension el infinito ; empero el pensamiento humano se hubiera perdido en los espacios sin límites, y Dios, midiéndose con nuestra debilidad, ha querido venir á habitar las casas que le hemos fabricado.

Era digno de su bondad rebajarse hasta tomar una habitacion entre nosotros : consin-

tiendo por su Encarnacion en hacerse nuestro hermano, quiso acercarnos. Y para oír mejor nuestras súplicas, para estar mas próximo á nuestros dolores, no se arredró de nuestro valle de lágrimas.

La primera habitacion que tuvo el Eterno entre los hombres fué el *tabernáculo*, el *santo de los santos* en el desierto, esa tienda portátil bajo la cual Jehovah no desdeñó de compartir, por decirlo así, la vida viagera de su pueblo.

Para asegurarnos mejor que Dios tenia por agradable su morada en medio de Israel, lo vemos en los libros santos trazar él mismo á Moises todas las proporciones y disposicion de su tabernáculo.

Rei, legislador y guia de un pueblo viagero, Dios consiente en bajar á la tienda hasta el momento en que haya el pueblo conquistado la herencia prometida á sus padres. Habrá entonces un santuario mas digno, y será señalado el monte de Sion por los ángeles como el lugar mas agradable al Señor. David, á quien esta revelacion se hace, querria levantar la suntuosa fábrica; pero esta gloria se reserva á su hijo, y los siglos, con su nombre, repetirán la magnificencia del templo, maravilla de los hombres.

Cuanto la naturaleza tiene de mas precioso se empleó en esta vasta construccion que por su estension, sus peristilos y átrio semejava á

una ciudad. La piedra y el mármol, el cedro y el marfil, el pórfiro y el jaspe, la plata y el oro, se tocan, se sostienen, se mezclan, se unen para su decoracion. No es el cielo; pero es lo que se encuentra de mas bello debajo de él.

Acabada la obra de Salomon, cuando ya nada faltaba á la belleza del templo, lleno el rei de Israel de confianza en el Señor, juntó las doce tribus para la Dedicacion solemne de la casa del Señor; y para hacer esta ceremonia mas augusta escogió el hijo de David el octavo dia del sétimo mes del año santo que era el primer dia del año civil y que corresponde á nuestro mes de octubre.

Duró siete dias la Dedicacion, y cuando estas siete jornadas de santo regocijo hubieron pasado, comenzó la fiesta de los Tabernáculos; de manera que todo Israel permaneció en Jerusalem y en los campos vecinos durante quince dias. Nunca derramó el Señor tanta alegría, tanta gloria, tanta dicha sobre su pueblo.

Desde el octavo al veinte y doseno dia del sétimo mes hizo Salomon venir cerca de él todos los ancianos y príncipes de las tribus para conferenciar con ellos sobre el ceremonial de la jornada santa.

Los sacerdotes y los levitas llevaron al templo todos los presentes y riquezas que David habia destinado para adorno de la morada de Dios. Veíanse entre estos objetos consagrados la ar-

madura y la espada de Goliat y la honda del pastor; y cuando se colocaron todos los vasos y ornamentos necesarios á los sacrificios sobre los altares; cuando las piscinas y la mar de bronce se llenaron de agua para las abluciones de los sacrificadores; cuando los perfumes, el incienso, la mirra, el aloe, el cinamomo se pusieron al lado del altar enrejado de oro; cuando se trajeron las víctimas sobre las losas que su sangre debía enrojecer; cuando la inmensa multitud se alineó en las gradas de mármol y bajo los pórticos, entró entonces el arca de la alianza, el trono del Eterno.

Y á medida que se adelantaba el arca, llevada reverentemente por los sacerdotes, bajo las bóvedas resplandecientes de oro caian las víctimas inmoladas. Veinte y dos mil bueyes, ciento veinte mil carneros, ú hostias pacíficas, se ofrecieron en sacrificio.

Llegando el arca por entre el incienso y los holocaustos hasta el *santo de los santos*, llenó de repente el espacio del templo una nube luminosa, tan radiante de la gloria del cielo que los ojos de los hombres no podían soportar el milagroso brillo. Prosteronose Salomon, la faz contra el suelo, y el pueblo le imitó. Los sacerdotes mismos, ofuscados con tanto esplendor, tuvieron que suspender los sacrificios. Salomon entonces, en medio del grande y religioso silencio que reinaba en el templo, se levantó y vol-

viéndose acia el santuario rogó á Dios en alta voz, suplicándole que tuviese por agradable la casa que le habia edificado, que la bendijera y escuchase las oraciones que desde ella le dirijiesen.

Despues de esta súplica el jóven rei, el mas bello y mas prudente entre todos los hombres coronados, estendió las manos sobre su pueblo y lo bendijo.

Y en la noche que sucedió á esta magnífica Dedicacion, apareció el Señor á Salomon en sueños y le dijo: « Hijo de David, he escuchado tu ruego y he escogido el templo que me has edificado para hacer de él mi casa de sacrificio: mis ojos estarán abiertos y mis oidos atentos á la oracion del que me invoque en aquel lugar. »

Estas palabras que el Señor Dios de Israel hizo oír á Salomon, podriamos nosotros esculpir las sobre las puertas de nuestras iglesias, cuyo peristilo era en cierto modo aquel templo.

Sin duda esta maravilla de las maravillas, esta obra maestra de Hiram y del mas sabio y hábil de todos los reyes, era digna de las miradas del Señor. Empero la mas modesta de nuestras iglesias debe ser mas querida del Eterno que el templo de Sion, porque en nuestros santuarios hai mas que el arca de la alianza, puesto que está siempre allí el Hijo de Dios, el objeto de las eternas complacencias del Padre que está sentado en lo alto de los cielos.

Todo es digno de meditacion en nuestras iglesias y nada debe ser en ellas indiferente al cristiano. De todos los objetos unidos que decoran su interior se eleva una voz para los que saben reflexionar.

Aquella cuerda que cuelga en el pórtico es el *conductor*, con el cual la mano indiferente del sacristan estiende en la comarca la alegría ó la tristeza. Con él va á despertar en lo alto de la torre la campana que pende allí en silencio, y que con el impulso que recibe estiende por el aire que la lleva su sonora voz. Ora lenta y vibrando por tres veces en medio de las nacientes luces del crepúsculo suena el *Angelus*.... y esta primera voz de la tierra, este primer suspiro, despues del descanso de la noche, dice á los que han dormido bajo una cortina de seda ó sobre el duro suelo : « ¡ He aquí el dia que comienza ; eleva el alma á Dios ! » Y cuando la luz del dia se estingue y que las sombras se estienden por el suelo, dice aun : « ¡ He aquí la hora del descanso ; ve aquí la noche con todas sus estrellas ; hombre cansado, regocíjate y bendice al que imploraste esta mañana ! » *A solis ortu usque ad occasum laudabile nomen Domini.*

Esta campana, dada á la parroquia por sus mas respetables vecinos, está cubierta de títulos y nombres ; es noble y bendita, y está bautizada como un cristiano. Y cuando una pobre muger da á luz un niño, gozosa suena para de-

cir los inefables enagenamientos de la madre, y repetir á todos : « ¡ Nos ha nacido un niño ! » Y cuando el anciano no siente ya mas que lentas pulsaciones, y que su vida se va de segundo en segundo, tañe lentamente como los interrumpidos suspiros del agonizante. La religion mezcla, pues, así su voz de bronce á todas nuestras emociones, á nuestros gozos, á nuestros ruegos, á nuestras inquietudes, á nuestros dolores : canta sobre nuestra cuna, grita en el peligro, en el incendio, en la inundacion y gime cuando vamos á morir.

Es querida en la parroquia la campana : los fieles están orgullosos de su porte y de los sonidos que arroja lejos ; y luego les es tambien cara, porque ha anunciado todos los sucesos de sus familias. Ella es para estas como una antigua amiga que sabe cuanto les concierne : y la aman en los campos tanto, que le creen el poder de arrojar los demonios que vagan por la noche entre las nubes y de desviar el rayo que amenaza sus casas y granjas. ¡ Oh, sí, yo soi como estos simples aldeanos, yo afecciono la campana de mi pais natal ! Mi madre la amaba antes que yo. Y vosotros, habitantes de las grandes ciudades, ¿ no gustais tambien de esos bellos y magestuosos repiques que animan la ciudad y que en las solemnidades parecen como la voz del cielo que os llama á los altares ?

Aquella pila cerca de uno de los muros del

pórtico es de agua bendita. El hombre que marcha hoy en la fuerza de la edad y de la salud moja allí su dedo para santiguarse; y cuando esté tendido en su lecho de muerte, el sacerdote rociará de ella para lavarle las manchas de la vida y para alejar de su cabecera los maléficos espíritus, y más tarde cuando yazga en el ataúd entre la huesa, esta agua que hoy toma sin atención, acaso, caerá sobre él con las lágrimas de sus hijos y allegados, y con el recuerdo : *Memento homo quia pulvis es.*

Y esta piscina de piedra, bajo esa imagen de san Juan el Bautista, que derrama el agua del Jordan sobre la cabeza de Cristo, es la fuente bautismal. Para llevarnos á ella nos ausentan por la vez primera del lado de nuestra madre, después de habernos cubierto el materno amor propio con todos los más preciosos encages: para que el hijo vaya allí, la indigente madre se ha quitado de encima un pobre arapo que la cubría sobre la paja, único lecho que tuvo para su parto, y desfallecida y miserable sonríe al ver que su recién nacido va á ser cristiano, y dice al vecino y á la vecina que lo llevan: «Traedlo pronto para que lo caliente en mi seno.»

¿Como si todos los hombres hubieran de ser felices, hai siempre más ó menos alegría en el Bautismo! Las madres la escitan; y ¿tienen razón? Yo no lo sé; porque en fin no todos mar-

charán de la fuente bautismal acia la felicidad.

¿He aquí algunos de estos angelitos de la tierra, que aun húmedos con el agua del Bautismo toman el vuelo acia la gloria; el viento de la muerte los arrebatá á sus madres como flores empapadas del rocío de la mañana!

Y aquellos destinados á crecer y hacerse viejos, ¿no habrán hallado más que felicidades entre la piedra de la santa piscina y la losa de la tumba? ¿No habrá algunos de entre ellos que esclamen? «¿Infeliz la noche en que fuí concebido y el día en que nací! ¿Por que se dió la vida al que habia de pasarla en dolores y amargura!»

La religion, que no engaña, hace entender á los que traen un niño á la fuente bautismal que habrá para el cristiano amargura en la vida: desde el primer día le pone sal en los labios para hacerle sentir que no todo será dulzura en lo futuro; le manifiesta aun que necesita fuerza en el camino que ha de recorrer, y para eso lo unge con aceite y con el santo Crisma que fortifica. Una vez más recibirá el cristiano esa Unción: hoy es á la llegada, será mañana á la partida.

¿Oh, ya lo veis, hai mucho que reflexionar delante de la fuente del Bautismo! Este es el primer poste que hallamos en el camino bueno ó malo que se prolonga ante nosotros.

Allí, no lejos de la sagrada piscina, ved la

capilla de los ángeles : en ella se reúnen los niños que han llegado á la edad de razon para aprender el catecismo. Sobre los mismos escaños se sientan los ricos y los pobres, y esta es la primera escuela de la buena y verdadera igualdad.... ; de la igualdad cristiana ! Para que la tierra no se hallase contristada y despedazada por odios y divisiones, manchada con los vicios, regada de lágrimas y sangre, bastaria que los hombres recordasen siempre el librito por el que se les enseñaba en aquellos bancos.

Mas allá, al lado de aquella capilla, en donde enseñó á los niños sus deberes, va el ministro á sentarse para escuchar la confesion de sus faltas en el confesonario. Yo no puedo pasar adelante sin recordar la paz que se halla allí, sin ansiar la inocencia que allí se consigue. ¡Cuantos hombres agobiados bajo el peso del oro y vestidos de púrpura han buscado por todas partes un poco de paz para su corazon y no han podido hallarla sino allí ! La fortuna les habia arrojado á manos llenas todos sus dones, el mundo sus honores, la casualidad les habia dado la fuerza y la salud ; y, sin embargo, la vida les era pesada y la llevaban como una carga : se arrodillaron allí, escudriñando en su memoria y en lo íntimo de su alma, revelando lo que estaba oculto como un crocodilo en el fondo del pozo de los Apulaches, y obtuvieron al instante lo que no habian conseguido en to-

das las regiones de la tierra , el primero de los bienes.... ; la calma de la conciencia !

Hai por el mundo aun algunos jóvenes y viejos, *espíritus fuertes*, que sonrien á los sentimientos que me inspira un confesonario. Templados á lo Voltaire, á lo Juan Jacobo, van acaso á lanzarme los acerados dardos del ridiculo y las viejas repeticiones de la impiedad.... Empero en su injusticia no recordarán lo que aquellos dos dijeron sobre la confesion. Rousseau esclama en una parte : *¡ Cuantas restituciones, cuantas reparaciones no hace la confesion entre los católicos !* Voltaire dice en otra : *La confesion es una cosa escelente, un freno al crimen, inventada en la mas remota antigüedad ; confesábase en la celebracion de los antiguos misterios y nosotros santificamos esta costumbre : ella es buena para escitar al perdón los corazones ulcerados de odio.*

Mas lo que preferimos á las palabras de los filósofos para hacer amar la confesion es nuestra universal esperiencia. Recordemos la felicidad que el ministro estiende sobre nosotros cuando nos dice : « Id, hijos míos, en paz, y no pequeis. » ; Hai en estas pocas palabras mas uncion que en los mas bellos discursos de los hombres !

« Sin la confesion, dice Chateaubriand, sin esta institucion saludable, el culpable caeria en desesperacion, porque, ¿ en que seno podria des-

cargar el peso de su corazón? ¿En el de un amigo? ; Y quien puede contar con la amistad de los hombres! ¿Tomaria á los desiertos por confidentes? ; Pero los desiertos resuenan siempre para el crimen con el ruido de las trompetas que el parricida Neron creia oír en derredor de la tumba de su madre! Y cuando la naturaleza y los hombres son desapiadados, es consolatorio hallar un Dios pronto á perdonar, y tocaba á la religion cristiana el hacer dos hermanas de la inocencia y del arrepentimiento.»

¡ Oh juvenes que leereis estas lineas, que escribo hoí para vosotros, yo ignoro los triunfos, los goces y la felicidad que os están reservados en el mundo : no se si vuestra amabilidad y vuestros talentos os harán brillar entre todos vuestros compañeros, ni se si vuestro saber os ha de colocar sobre vuestros émulos, si las artes, la ciencia y el talento os preparan sus coronas; empero, se mui bien que si una de estas dichas ó todas ellas juntas se os reservan, el dia en que estareis rodeados de homenajes, aturridos de alabanzas, desvanecidos con el incienso, palpitantes de gloria, sereis menos felices que el hombre culpable y lleno de remordimientos que se levanta del confesonario! ; Él hallaria entonces en su ruta á los ángeles del cielo, que podria decirles : « Angeles, soi vuestro hermano! »

Al alejarnos de la puerta de la iglesia olvida-

mos el órgano, colocado en la tribuna del pórtico. En vano se hace uno viejo; mas no por eso deja de recordar sus poderosas consonancias que hemos oido en la infancia, cuando nuestra madre nos conducia á las grandes solemnidades de Pascua y Navidad.

¡ Oh, yo gusto mucho mas de los sonidos graves y magestuosos de los órganos que de las orquestas que la música moderna trae con frecuencia á nuestras iglesias! Esos músicos con sus violones, bajos y contrabajos, sus clarinetes y sus trompas me hacen creer en un espectáculo; el órgano solo me hace pensar en el cielo.

¿Cual de entre nosotros no ha sentido su corazón inundado de suaves delicias cuando despues del *Sanctus*, cesando las fuertes voces de los cantores, y en medio de las nubes de incienso y del silencio que preceden á la elevacion empieza á suspirar el órgano y entona con sus mas dulces y celestiales voces : *O salutaris hostia*? ; En verdad, yo no envidiaria la amistad de aquel que en semejante momento é igual armonia permaneciese sin emocion alguna!

Heme aqui en frente del púlpito.... ; De allí nos vienen aun bastantes pensamientos! ; Conoceis otra tribuna como esa? ; De donde se hable mas alto? ; En donde se tenga mas derecho de hacer resonar las palabras de libertad, de independenciam? ; En que, como allí, sin faltar al respeto, se enseñe á los pueblos y á los

reyes? Demóstenes en Atenas, Ciceron en Roma, no tuvieron ni pudieron tener las palabras que encuentra en nuestras iglesias el mas modesto cura de pueblo.

De lo alto de esta cátedra nuestros Crisóstomos de aldea, nuestros campestres Bossuets, no necesitan para tocar y mover fuertemente la multitud que los escucha de grandes acontecimientos, de terribles catástrofes, de golpes del destino. ¡Oh Dios mio, no! ¡Con el evangelio en la mano hacen temblar al poderoso y esperar al pobre, exaltan la humildad y aterran el orgullo!

Yo he oido hombres de estado agitar en su tribuna de mármol cuestiones de vida y de muerte para los imperios: sin duda su elocuencia imponia entonces....; faltaba, empero, lo que no falta á la elocuencia sagrada, porque un ministro se dirige á una nacion, cuando el sacerdote habla al mundo entero: el ministro se ocupa de intereses del momento, el sacerdote se dedica á los intereses de la eternidad: apóyase el ministro con el nombre de un rei, y el sacerdote está sostenido por Dios.

¡De esta cátedra, cuya cúpula domina la cruz y está sostenida por dos ángeles, cuantas consolaciones no proceden! ¡Cuantas veces el dolor y las penas no han estado atentos á esta tribuna! ¡Y cuantas no han sentido venirles la esperanza como el rocío que hace reverdecir las

plantas ya marchitas, cuando el anciano sacerdote con sus cabellos blancos les repite: « Hijos míos, yo he sido jóven y vedme aquí ya viejo; mas os digo en verdad que nunca ví abandonado del Señor al justo! »

Delante del púlpito se ve una capillita mas adornada que las otras, cuyos muros, amarillos del incienso que allí se quema, están cubiertos con pinturas *ex voto*: aquella es la de *Nuestra Señora del Buen Socorro*. ¡Cuantas lámparas y cirios arden delante de su altar adornado con mil ramilletes depuestos al pie de la imágen! ¡Cuantos rosarios con benditas medallas, y cuanto escapulario cuelgan de las columnitas que encajonan los cuadros, entre los cuales se ve un navío combatido por las olas, herido del rayo.... y salvado milagrosamente por *MARIA, Estrella de los mares*, que aparece radiante entre las nubes y calma la tempestad con una sonrisa suya y de su divino Hijo!

En verdad, los fieles van á arrodillarse ante el altar mayor que reluce de mármoles y oro; pero sus gradas están menos usadas que las del altar de la Virgen. Nos sentimos nosotros tan poca cosa cerca de la grandeza de Dios, que experimentamos la necesidad de buscar un mediador mas aproximado á nuestra debilidad. Las mugeres sobre todo van allí á rogar á Nuestra Señora; y se diria que temen la magestad del Todopoderoso, y que se dirijen con mas libertad

á una madre: en su simplicidad les parece que una madre ha de comprenderlas mejor, y vienen en tropel al altar de María.

Cerca de este altar está una cajita destinada para recibir lo que se ofrece á los infelices; y allí no se regateará, porque viniendo á esta capilla para pedir mucho se da mucho también, y así como se dice á la consoladora de los aflidos: *socorredme*, se socorre también á los otros. La limosna y la oración son dos hermanas que están unidas.

Hemos recorrido todo el largo de la iglesia. Véndonos aquí casi bajo la lámpara que jamás se estingue. ¡Lámpara sagrada cuyo destino he envidiado! Y en efecto, su destino es santo. Encendida ante el altar, arde delante de él. Los vientos no atormentan su llama; y se creería un alma que está lejos del soplo de las pasiones. Es esta lámpara un símbolo del amor de Dios por los hombres: ella vela siempre. Como una estrella caída del firmamento brilla en la noche para decir la bondad de Jesucristo, mientras que las que decoran la bóveda azulada proclaman el poder del Altísimo.

Viajando por la noche, al pasar por las aldeas, he percibido muchas veces por entre los magníficos cuadrillos de colores de las vidrieras de la iglesia la luz de la lámpara del santuario y he exclamado: « Los hombres pueden dormir, la religión vela. »

Y es cierto: que la noche sea sin luna ni estrellas; que los vientos y la tempestad bramen en la oscuridad; que la nieve caiga sobre lo negro de las tinieblas; que la escarcha hiele los estanques y haga crujir el suelo del camino, si un enfermo muere, si un impio se convierte, si un adolescente se separa de su madre, es muy cerca de la iglesia, á la puerta del cura, que se acude. Y á la luz de la lámpara de que hablamos denantes, el sacerdote sube al altar y toma allí para el moribundo que lo pide, el pan de la vida. Entre los protestantes cuando se pasa por la noche cerca de un templo, todo está oscuro, nada esclarece las ventanas: la casa de Dios no es entre ellos un lugar habitado como entre los católicos.

Esa puerta llena de esculturas y adornada de molduras góticas conduce á la sacristía. Allí está el tesoro de la iglesia: el cáliz, el copon, la custodia de oro y ricos ornamentos; la cruz de plata, los incensarios, los guiones y el palio de terciopelo rojo. Allí también se firman los bautismos y matrimonios; y se había establecido esto así, porque la religión es como una madre que toma parte en todos los sucesos de la familia.

Esa balaustrada que separa el santuario de la nave, y á que está fijado un mantel de lino, es la sauta mesa: allí es que se arrodillan los cristianos al divino banquete, y allí los ángeles que

velan sobre nosotros nos envidian, porque el gran misterio no se obró para ellos.

Allí, ¡cuantas emociones, cuantos recuerdos vienen de tropel! ¡El gran día de la primera Comunión, día en que debiera uno morir al instante para ser recibido por los celestiales espíritus; y luego la memoria de nuestra madre, que hemos visto prosternada sobre aquella grada de piedra rogando por sus hijos! Todas estas reminiscencias llenan el corazón y lo hacen latir; y el alma volviendo acia atrás evoca los años ya pasados.... ¡Oh que calma y que paz en los años de fé, de inocencia y de fervor! Y despues cuando nos hubimos escapado de debajo del ala del Señor, luego que rechazamos el recuerdo de la primera Comunión como un pensamiento embarazoso, ¿quien podrá contar las inquietudes que, como puñales agudos, han atravesado nuestro pecho?

Para este gran día de la primera Comunión, ¡cuantos cuidados y cuantas penas no ha tomado el anciano cura en la capilla del *catecismo*! ¡Que santa tenacidad no ha tenido que emplear para hacer entrar en las móviles inteligencias de los niños las altas y graves verdades de la religión! Y despues, cuando sus trabajos han llegado á su fin y que se han juzgado dignos á los jóvenes cristianos por su pureza y por su instruccion de arrodillarse á la mesa en donde se da el pan de los *fuertes*, el sacerdote de la

parroquia tiene otro cuidado, cual es solicitar la caridad de los fieles para que los niños de los pobres no vayan con los andrajos de la miseria en el mas grande día de su vida.

En un rincón oscuro, no lejos de la sacristía, está relegado el material de la muerte: el catafalco que sirve á los muertos opulentos y el ataúd comun de los pobres que lleva á la huesa al infeliz, cuyos hijos en su pobreza no han podido subvenir para una caja á su difunto padre. ¡Esta miseria de la tumba contrista! Y hai gran diferencia entre estos pensamientos que oprimen el corazón y aquellos que denantes nos ocupaban; no los rechazamos. Ellos vienen al fin de nuestra exploracion como la muerte al fin de la vida.... Este es el orden natural de las cosas.

Ya recorrimos toda la iglesia *dedicada* á Dios y hemos podido considerar cuan digno era que la religion consagrarse cuanto se encuentra en ella. Nada de lo que hemos visto es inútil: todo recuerda memorias graves, todo procura sería enseñanza. La vida entera del cristiano está allí entre la piscina del Bautismo y la capilla de las ánimas.

Ha hecho bien el catolicismo de santificar todo lo que avecina el altar de Dios y liga á él los días del hombre.

«Antes de reunir sus hijos en el cielo, dice un piadoso escritor, quiso Dios juntarlos aquí

abajo en sus templos; y una impresion secreta y natural de veneracion, que cada uno lleva en lo intimo de su corazon por la divinidad, ha introducido en todos los pueblos, aun entre los que han olvidado al Dios vivo y verdadero, el uso de consagrar los templos, separando estos edificios del uso comun y vulgar, para dedicarlos especialmente á la magestad suprema y apropiarle la posesion de la manera mas solemne. En todos los paises y en todos los tiempos se han mirado como sacrilegos é impios á los que profanan estos lugares consagrados á la divinidad.»

Y yo añado que los católicos bajo este respecto están mejor que los protestantes. Visitando en Lóndres la iglesia de Westminster, choca el ver en la puerta establecido un mostrador en donde se cobra un chelin para dejar entrar en ella. Ciertamente este uso no existia antes, cuando el culto católico hacia de esa iglesia una casa de oracion y esperanza, abierta á los que tenian necesidad de esperar y orar.

Figúrome yo un desgraciado que acaba de sufrir un golpe contrario de fortuna, que quiere llevar su pena á los pies de Dios, y que es preciso que pague para orar; empero si es pobre, si va á pedir al que alimenta los pajarillos del aire pan para sus hijos, ¿no será, pues, admitido en el templo protestante despues del oficio? ¿Hai en esta policia de la iglesia algo de duro, de

seco, de anticristiano! ¿Como nuestra religion entiende mejor los intereses de los hombres y conoce mui mas su corazon!... Ella deja abierta la casa de oracion, porque sabe que los hombres tienen siempre necesidad de orar: la madre deja siempre venir acia ella todos sus hijos.

Nuestras iglesias se abren con el dia y no se cierran sino por la noche. Por la mañana el pobre obrero puede venir á pedir á Dios la fuerza que le es necesaria para ganar su pan con el sudor de su frente; por la noche, cuando ha concluido su tarea, viene á dar gracias y descansar en la paz del santuario.

« El que ama el templo del Señor y que viene allí á meditar la lei, dice la Escritura, semeja á un árbol colocado por la mano de la naturaleza en el borde de un arroyo, que siempre está fresco y frondoso: el sol lo fecunda sin secarlo; sus flores no se marchitan; sus frutos son sabrosos; el rocío del cielo cae sobre él para aumentar su verdura siempre fresca. ¡ Así prospera un justo en la tierra: él florece como la palma en la casa de Dios! »

El dia de la Dedicacion canta la Iglesia en sus oficios: « ¡ Este lugar es terrible y santo! ¡ Esta es la casa de Dios, la puerta del cielo! »

« ¡ El Señor, rei de los cielos, está verdaderamente en este lugar! ¡ Vuestros tabernáculos son amables, oh Señor de los egércitos! »

« ¡ Mi alma languidece y se consume del de-

seo de entrar en la casa del Señor! ; Dios, que escuchas los ángeles del cielo, oye el ruego del hombre que te implora! »

A la epístola se lee esta vision: « En esos días ví la ciudad santa, la nueva Jerusalem que bajaba del cielo sobre nubes y adornada cual esposa que va al esposo. Y oí una voz que decía: he aquí el tabernáculo de Dios y los hombres; él permanecerá con aquellos que serán su pueblo; Dios enjugará las lágrimas de sus ojos y la muerte desaparecerá. Los lloros, los gritos, los trabajos cesarán, porque ha pasado lo que precedió; y el que estaba sentado en el trono dijo: yo voi á hacer todo nuevo. »

He aquí el evangelio que manda el respeto en aquel lugar santo: « En aquel tiempo, entrando Jesus en Jerusalem, se conmovió toda la ciudad y cada uno preguntaba: ¿quien es este? Y el pueblo decía: ; Es Jesus, el profeta Jesus de Nazaret, en Galilea! »

« Jesus entró en el templo de Dios y arrojó á todos aquellos que vendian y compraban; echó por tierra las mesas de los cambistas y el asiento de los que vendian pichones, y les dijo: Está escrito. Mi casa es de oracion, y vosotros la tornais en *caverna de ladrones*. Al mismo tiempo curó ciegos y cojos que vinieron á él en el templo. »

« Pero los principes de los sacerdotes y los doctores de la lei veian los milagros que habia

hecho y oian los niños que gritaban en el templo: ; Hosana al Hijo de David! Y se indignaron diciéndole: ; Oís lo que dicen esos niños? »

« Sí, les respondió Jesus, y de la boca de los niños, aun de aquellos que maman, vendrá la mas perfecta alabanza. Y dejándolos, salió de la ciudad y fué á Betania. »

